

CÓRDOBA ENTRE EL “DESASTRE Y EL MILAGRO”. ¿ESPERANZA O FRUSTRACIÓN?

(Discurso de ingreso como Académico Numerario, pronunciado por el Dr. D. Enrique Aguilar Gavilán el 18 de noviembre de 2010)

ENRIQUE AGUILAR GAVILÁN
ACADÉMICO NUMERARIO

Excmo. Sr. Director de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, Excmas. e Illmas. Autoridades, Ilustre Cuerpo Académico, compañeros y compañeras de claustro universitario, amigas y amigos. Permítanme que mis primeras palabras en este acto sean de agradecimiento renovado a los doctores y académicos numerarios Escobar Camacho, Cosano Moyano y Vázquez Lesmes que tuvieron a bien firmar mi propuesta como académico de número en la sección de Historia de nuestra docta casa para ocupar la vacante producida por el fallecimiento de la Illma. Sra. D^a. Ana María Vicent Zaragoza, agradecimiento que hago extensivo a los miembros de la corporación que la avalaron unánimemente con su sufragio. A todos y a todas mi reconocimiento más sincero y mi compromiso renovado de perseverar con mi dedicación y esfuerzo al engrandecimiento y al lustre científico y cultural de nuestra bicentenaria Real Academia.

Dicho esto me permitirán ustedes que les manifieste la extraordinaria satisfacción que este acto encierra para el que os habla ya que no todos son los escogidos para entrar a formar parte de una corporación que hace siete días cumplía dos siglos de vida, lo que la convierte en la más antigua institución científica y cultural de nuestra capital; una satisfacción que se acrecienta al corresponderme el gran honor de ser el primer académico numerario que accede como tal en el tercer siglo de vida de nuestra docta casa, para ocupar el sillón que nos dejó vacante una persona excepcional: Ana M^a. Vicent Zaragoza, una mujer intelectual a carta cabal y a la vez una personalidad que sin duda ha dejado una huella indeleble en los treinta años que pasó entre nosotros al frente del Museo Arqueológico de Córdoba.

Esta valenciana, nacida en la ciudad alicantina de Alcoy, llegó a nuestra ciudad a finales de los años cincuenta, precisamente cuando Córdoba, como ustedes podrán comprobar a lo largo de mi discurso, comenzaba a desperezarse de siglos de incuria. Después de obtener la licenciatura en la Universidad de Valencia en donde ejerció como profesora de Arqueología y de continuar su formación en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, y en Roma, Florencia y Bolonia, Ana M^a. Vicent venía a nuestra ciudad para hacerse cargo de la Dirección del Museo Arqueológico

Provincial, plaza que había obtenido tras brillante oposición con el número uno. Pronto esta mujer menuda, de suaves maneras en el trato pero de enérgico proceder cuando, como a ella le gustaba decir, “frente a muros de intereses e incultura” y sobreponiéndose en tiempos difíciles a su condición de mujer, se trataba de luchar contra quienes desde posiciones de poder económico y, en no pocos casos, político, pretendían atentar contra el patrimonio histórico y cultural de todos los cordobeses. No viene al caso que relatemos aquí una exégesis de lo que fue la trayectoria profesional e intelectual de esta mujer de temple y nervio sinigual en su época, baste con recordar que ella fue la verdadera responsable de que el museo arqueológico de nuestra ciudad, a cuya sede actual lo trasladó en 1965 desde la vieja casa mudéjar de la calle Samuel de los Santos, se convirtiera no sólo en un referente de la gran riqueza patrimonial de nuestra ciudad y provincia, sino también en uno de los más importantes museos arqueológicos de nuestro país, por la cantidad y riqueza de su contenido y por el original sistema de exposición que ella misma diseñó en todos sus aspectos; unas instalaciones a las que también dotó de una magnífica biblioteca y junto a su marido, el profesor Marcos Pous, de una revista, *Corduba Archeologica*, de reconocida reputación en el ámbito científico. No podemos olvidar tampoco lo que fue la contribución de Ana M^a. Vicent a la consolidación de Medina Azahara como uno de los más importantes yacimientos arqueológicos del mundo, impulsando la adquisición de todos los terrenos que hoy lo conforman, o sus denodados esfuerzos por evitar que la piqueta destruyera edificios singulares, o consiguiendo fondos públicos para impulsar campañas de excavaciones arqueológicas, la rehabilitación de portadas de notables casas solariegas, iglesias, edificaciones de distinto tipo, etc.

Es verdad que el quehacer intelectual y profesional de Ana M^a. Vicent le fue en parte reconocido en vida con nombramientos y distinciones, entre éstas, fue miembro correspondiente del Instituto Arqueológico Alemán (1969), de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1970), de la sevillana de Santa Isabel de Hungría (1976) y numeraria de la Real Academia de Córdoba, en 1969. Recibió las medallas al Mérito Turístico y la de Oro de la Ciudad y en 1976 la medalla de Plata al Mérito en las Bellas Artes, pero suscribo plenamente las palabras con que la actual directora del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba, nuestra reciente compañera en la Academia, M^a Dolores Baena Alcántara, concluía una emotiva y bella necrológica que le dedicaba en el diario *Córdoba* en el pasado mes de Abril; en ellas hacía referencia a la deuda de nuestra ciudad que aún tiene que reconocer con mayor énfasis “la valiente labor de una mujer en tiempos difíciles para el patrimonio histórico”. Desde esta tribuna quiero testimoniar mi reconocimiento y admiración hacia esta mujer símbolo vivo de lo que deben ser los modelos de grandes personajes sin distinción de género. Recojo su testigo como académico de número y espero ser digno de la persona a la que sucedo en nuestra Academia. Descanse en Paz Ana M^a. Vicent Zaragoza.

Córdoba entre el “Desastre” y el “Milagro económico” ¿Esperanza o frustración?

Dentro del conjunto de ciudades del mundo que con sólo decir su nombre nos trae a la memoria la evocación de un pasado de excepcional grandeza histórica y cultural, Córdoba figura con méritos más que sobrados en uno de los lugares preeminentes.

Son tres mil años de historia durante los cuales el viejo suelo cordobés sirvió de asentamiento a pueblos y culturas que en este lugar dejaron su huella y modelaron esos perfiles multiseculares que hoy conforman la ciudad.

Tan dilatada presencia de Córdoba en el discurrir del tiempo y su papel destacado en determinados momentos del mismo, no pasa desapercibido ni a los que vivimos aquí ni a quienes nos visitan, que al recorrer sus calles y plazas captan de inmediato su riqueza monumental, su original y dilatada trama urbana, -pensemos que Córdoba cuenta con un casco urbano histórico artístico de los más extensos de Europa-, la riqueza y variedad de sus museos y los abundantes restos arqueológicos que continuamente afloran en cualquier rincón de la ciudad.

Convendrán ustedes conmigo en que estamos ante una de las urbes más relevantes del viejo continente y cuyas aportaciones a la Historia de la Cultura Universal ya le fueron reconocidas cuando en diciembre de 1994 la UNESCO le concedía el título de “Ciudad Patrimonio de la Humanidad”, una ciudad con un bagaje histórico y un patrimonio cultural que constituyen hoy la base sólida que nos sitúa en una magnífica posición de partida para que sea designada como sede de la capitalidad cultural europea en 2016; un objetivo a alcanzar que, sin duda, en momentos tan difíciles como los que vivimos, puede contribuir a que podamos vislumbrar una luz de esperanza que permita salir de la atonía y estancamiento que preside la actual realidad de Córdoba y de los cordobeses, razón por la cual, tanto a título individual como institucional estamos obligados a sentirnos comprometidos con nuestra patria chica y a aunar esfuerzos en pro de la consecución de esta importante meta, que sin duda contribuirá al desarrollo y al progreso en todos los órdenes de nuestra ciudad y a una proyección mundial acorde con lo que fue su pasado protagonismo en la Historia con mayúscula.

Dicho esto a modo de exordio, hablar del pasado de una ciudad como la nuestra siempre supone un reto, incluso para quien como el que os dirige la palabra, se precia de ejercer de aprendiz de historiador y de haber dedicado varios centenares de páginas a desvelar diversos aspectos de ese milenario pasado cordobés, un pasado con momentos especialmente gloriosos en los que el nombre de la ciudad se vinculó incluso a un proyecto político de la relevancia del que en el siglo X hizo que la hora de Europa y del Mediterráneo occidental se moviera al ritmo que le marcaban desde Córdoba los grandes monarcas Omeyas.

Pero no siempre la Colonia Patricia brilló en la historia con luz propia; es más, en muchos casos su nombre quedó palidecido por la gruesa capa de polvo del olvido o por un papel secundario y subalterno en el devenir del tiempo, y así a periodos esplendentes como los de la Colonia Patricia en época romana, la Córdoba de los emires y califas Omeyas, la Córdoba plataforma militar y diplomática de la corona de Castilla en la reconquista del Reino de Granada, la Córdoba opulenta y dinámica de la segunda mitad del siglo XVI, siguieron otros en los que nuestra ciudad, sin perder nunca el recuerdo de su pasado glorioso, quedó relegada al anonimato de la historia y difuminada frente a la pujanza de otras ciudades. Y es aquí, precisamente, donde está el reto del historiador, del estudioso de la historia local: tratar de reconstruir esos periodos más olvidados y

oscuros de nuestro pasado y por supuesto más desconocidos, pero en los que también la Ciudad y sus habitantes continuaban construyendo su propia historia aunque ésta se escriba con minúscula.

Y evidentemente dentro de esa historia con minúscula de nuestra ciudad, no cabe la menor duda que figura su trayectoria moderna y contemporánea, o lo que es lo mismo, los últimos cuatrocientos años de su pasado. No viene al caso que nos detengamos ahora a explicitar las causas que propiciaron este largo anonimato histórico de la ciudad a la que la monja alemana Roswita de Gandstein llamara “la perla de occidente” en el siglo X de nuestra Era, ni tampoco pretendemos efectuar una síntesis de la Historia de Córdoba en estos cuatro siglos. Mi propósito, en este discurso de ingreso como Académico Numerario en esta docta Casa, se va a centrar fundamentalmente en ofrecerles a ustedes una apretada síntesis de lo que ha sido la historia de la Córdoba más cercana a nosotros, la Córdoba del siglo XX, poniendo especial énfasis precisamente en la ciudad que aún vive en el recuerdo de los hombres y mujeres de mi generación, los años cincuenta y sesenta y los primeros años setenta de la pasada centuria; una etapa de poco más de cuatro lustros que sin duda marcó el verdadero salto adelante de la ciudad después de siglos de inmovilismo y sopor.

Con la perspectiva del tiempo transcurrido podemos avanzar que constituyó el periodo tal vez más relevante para nuestra ciudad de todo su siglo XX, la etapa en la que quienes pilotaron sus destinos tomaron decisiones que habrían de marcar su futuro, lo que constituye el hoy de Córdoba con sus virtudes y sus defectos, con sus ilusiones y frustraciones, ese hoy que tantas incógnitas suscita a quienes nos sentimos identificados con nuestra tierra ante un futuro preñado de incertidumbres.

Remontándonos en el tiempo al comienzo de la citada centuria ¿cómo era aquella Córdoba primisecular? ¿cuántos y cómo eran aquellos cordobeses de principios del nuevo siglo? ¿cómo pensaban? ¿a qué se dedicaban para vivir o para, en muchos casos sobrevivir? ¿cuáles eran sus preocupaciones? Podríamos seguir planteándonos interrogantes con el objeto de situarnos en el contexto histórico de nuestros abuelos o bisabuelos, para, desde la perspectiva actual, comprobar los grandes cambios, las grandes transformaciones registradas por la ciudad y sus habitantes en el último siglo de su historia.

Dicho esto, Córdoba iniciaba el siglo zarandeada aún por los efectos demoledores del *Desastre del 98*, ese duro zarpazo que significó la derrota militar ante los EE.UU. en 1898 y la consiguiente pérdida de los últimos jirones de nuestro imperio de ultramar: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Nuestra ciudad naturalmente no fue una excepción a la hora de encajar lo que fue aquel “Gran Desastre” que de la noche a la mañana ponía al descubierto las incongruencias de un sistema político oligárquico y caciquil que vivía de espaldas a la España real ignorando sus deseos de modernización y progreso en todos los órdenes. En aquellos años las consecuencias directas de la derrota colonial con la llegada de cordobeses repatriados y la publicación de listas de desaparecidos o muertos en la prensa local, coincidían con un período de agitación y alta conflictividad social como lo atestigua la prensa de la época¹. Tiempos difíciles en los que la caída de

¹ El *Diario de Córdoba* a lo largo de los últimos meses de 1898 y primeros de 1899 recogió en sus páginas en numerosas ocasiones relaciones de repatriados cordobeses así como de desaparecidos y víctimas de la guerra.

la producción agrícola, especialmente profunda durante el bienio 1903-4, golpeaba con dureza a una ciudad que en 1900 aún no había superado la población que tenía a finales del siglo XVI, ya que sólo alcanzaba los 56.097 habitantes, de ellos 10.882 aparecían censados en tareas agrícolas. Paro, movilizaciones de jornaleros y una sucesión de huelgas y conflictos en los demás sectores productivos de la ciudad con enfrentamientos frecuentes entre obreros desocupados y fuerzas de orden público constituían el escenario de la vida cotidiana de la ciudad, un escenario en el que el incipiente movimiento obrero organizado sufriría la dureza de la represión gubernamental que llevó incluso a la práctica extinción de la agrupación socialista de la capital después de los sucesos acaecidos con motivo de la huelga general del 17 de abril de 1903 y el consiguiente estado de guerra decretado en toda la provincia².

Pero a pesar de la crisis política, económica y social, las esperanzas de cambio que supuso para aquella atormentada realidad española el Regeneracionismo Político, también encontró en nuestra ciudad a cordobeses dispuestos a enarbolar su bandera. Dentro de esta corriente cabe destacar la interesante contribución de Ricardo Martel y Fernández de Córdoba, conde de Torres Cabrera (1832-1917)³; este aristócrata y conocido político había sido el hombre de Cánovas del Castillo y de su obra política en la provincia desde 1875, no obstante en su madurez se había convertido en enemigo acérrimo del mismo denunciando públicamente la corrupción política, su inoperancia y su esclerosis. El conde de Torres Cabrera defendía la necesidad de regenerar aquel sistema desde dentro por medio de la movilización de las verdaderas fuerzas vivas de la sociedad, de las “masas neutras”, dando vida a agrupaciones capaces de desbancar a los partidos tradicionales y a sus oligarquías corruptas en el ejercicio del poder. Sólo de esa manera se podía afrontar la ansiada regeneración de esa España “sin pulso” como la definía Silvela. Empujado por esta idea, el aristócrata cordobés fundó entre otras la *Cámara Agrícola de Córdoba* (1899), la *Unión Agraria Española* (1902), el *Sindicato Agrícola Martel* (1904), el *Centro de Acción Nacional* (1908) y el *Centro de Acción Nobiliaria* (1909), además de cooperativas agrarias y economatos obreros, proyectos en los que llegó a empeñar el propio patrimonio⁴.

Otros intentos de movilizar a las fuerzas productivas locales al margen de los partidos, siguiendo las pautas de tres grandes figuras del regeneracionismo español: Joaquín Costa, Basilio Paraiso y Santiago Alba y su movimiento de la Unión Nacional, también encontraron eco en nuestra ciudad de la mano de tres empresarios cordobeses: Carlos Carbonell y Morand, Emilio Carreño y Rafael López Amigo, fundadores y directivos de la *Cámara de Comercio e Industria de Córdoba*⁵. Sin embargo, la antigua patria de Séneca era un caso paradigmático de ciudad donde los resortes del poder y las estructuras caciquiles estaban más sólidamente afianzadas, de ahí que entre 1900 y 1923 todos los intentos, los del conde de Torres Cabrera, los de los portavoces locales de la Unión Nacional, o los propiciados por un frente antisistema de republicanos, andalucistas, y socialistas creado a raíz de la crisis de 1917 para llegar al Ayuntamiento

² GARCÍA PARODY, Manuel: *Los orígenes del socialismo en Córdoba*. Córdoba 2002. p. 64 y ss.

³ GÓMEZ LÓPEZ, M^a Dolores: *El Conde de Torres Cabrera, un vástago tardío de la Ilustración. 1837-1917*, Tesis de Licenciatura inédita. Universidad de Córdoba 1986.

⁴ ALMANSA PÉREZ, Rosa M^a: *Familia, tierra y poder en la Córdoba de la Restauración*. Córdoba 2005, pp 33-41.

⁵ ROMERO ATELA, Teresa.: “La Cámara de Comercio de Córdoba: la era Carbonell”, en *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba 1996. Andalucía Contemporánea vol. II, p. 419.

en los comicios de noviembre de ese año y utilizar éste como plataforma desde la que afrontar los graves problemas de la Ciudad y de los cordobeses, a pesar haber obtenido siete concejalías, chocaron con la inercia del sistema⁶. La pasividad de los cordobeses y la hegemonía de sus dos partidos oligárquicos –Conservador y Liberal- fueron la tónica dominante en cuantos comicios se celebraron entre 1899 y 1923 (12 elecciones municipales e igual número de legislativas)⁷.

Las fuertes raíces del caciquismo local y la cada vez más patente desafección política de los cordobeses hacia un sistema corrupto e ineficaz⁸ constituían, pues, una realidad política cuyos males a nivel nacional estuvieron en el centro del famoso discurso que Alfonso XIII pronunció el 23 de mayo de 1921 precisamente en el Círculo de la Amistad de nuestra ciudad; en su intervención, con gran estupor de los políticos que le escuchaban, particularmente el Ministro de Jornada, Juan de la Cierva⁹, el monarca apeló de forma velada a “un cirujano de hierro” que neutralizara la inacción de los partidos y a los políticos de profesión y conectara con los verdaderos intereses de la “España real”¹⁰. Un discurso que por cierto el abuelo de nuestro actual Rey elaboró en casa de su amigo y Ayudante de Campo, el Marqués de Viana, y cuyo original se encuentra enmarcado en una de las estancias del citado Palacio¹¹.

Y en efecto, esto fue lo que ocurrió cuando en el atardecer del 13 de septiembre de 1923 llegó a Córdoba la noticia del pronunciamiento militar encabezado por el capitán general de Cataluña Miguel Primo de Rivera. Como en el resto del país, el canto fúnebre del régimen canovista y el advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera recibió el aplauso y refrendo de todos los sectores sociales de la ciudad, como a tal efecto quedó demostrado con una lluvia de adhesiones y ofrecimientos de cooperación al nuevo régimen provenientes de todos los ámbitos de la vida cordobesa. Entre estas adhesiones llaman poderosamente la atención la de personajes tan significados en su oposición al estado de cosas existente como la del arquitecto y dirigente socialista Francisco Azorín y los republicanos Eloy Vaquero y Rafael Castejón que no sintieron escrúpulos en acudir conjuntamente al gobierno militar para ofrecer a la máxima autoridad instaurada tras el golpe, el coronel Rafael Pérez Herrera, su total apoyo y colaboración al mismo, lo que esta autoridad militar rechazó con tonos desabridos¹².

⁶ BARRAGÁN MORIANA, Antonio: *Conflictividad social y desarticulación política en la provincia de Córdoba 1918-1920*. Córdoba 1990, pp. 221 y ss.

⁷ BARRAGÁN MORIANA, Antonio; ACOSTA RAMÍREZ, Francisco: “Elecciones municipales en Córdoba durante la Restauración” en Salvador Fornés (Coord.), *Democracia, elecciones y modernización en Europa. Siglos XIX y XX*, Madrid 1997, pp. 379-396.

⁸ En las últimas elecciones legislativas del reinado de Alfonso XIII la participación de los cordobeses nunca alcanzó el 50% del censo electoral. Vid BARRAGÁN MORIANA, A.: *Conflictividad social y desarticulación política...* 317.

⁹ Juan de la Cierva, Ministro de Fomento, que acompañaba al Rey como Ministro de Jornada, estupefacto ante el contenido del discurso regio, intentó sin conseguirlo que la prensa obviara lo que acababa de suceder aquella noche en el Salón Liceo del Círculo de la Amistad, y antes de que el monarca y su séquito tomaran el ferrocarril rumbo a Madrid las palabras del Rey se imprimían en los principales periódicos nacionales provocando al día siguiente una fortísima conmoción política ante lo que suponía para muchos sectores de la clase política española una verdadera extralimitación del monarca en sus funciones constitucionales.

¹⁰ Cfr. *Diario de Córdoba* 24/V/1921. Todos los avatares de la visita regia aparecían recogidos en una denominada *Hoja extraordinaria correspondiente al día de hoy* publicada por el periódico decano de la prensa cordobesa.

¹¹ AGUILAR GAVILÁN, Enrique “El discurso de Alfonso XIII en el Círculo de la Amistad” en CABRERA MUÑOZ, Emilio.: (coordinador). *Córdoba Capital. Volumen 3 Historia*. Córdoba 1993, V. I, p. 334.

¹² MARÍN VICO María José.: “Córdoba durante la Dictadura de Primo de Rivera”. en AA.VV.: *Francisco Azorín Izquierdo. Arquitectura, Urbanismo y Política en Córdoba (1914-1936)*, Córdoba 2005. p. 219.

Pero al margen del aplauso general con que fue acogido, el Régimen del 13 de septiembre, por su propia naturaleza política, y a pesar de sus logros materiales -que fueron bastantes- y de los deseos de continuidad de su mentor por medio de una especie de partido único gubernamental -la Unión Patriótica-, estaba incapacitado para sobrevivir por mucho tiempo, de ahí que pasados algunos años, los mismos cordobeses que mayoritariamente habían saludado su llegada, asistieran con idéntica euforia e ilusiones a la proclamación de la 2ª República. La bandera tricolor del nuevo Régimen levantada el 14 de abril de 1931 por las clases populares comandadas por un sector importante de la burguesía intelectual cordobesa, era la nueva esperanza para una ciudad que parecía al fin romper con los “obstáculos tradicionales” en su camino de modernización social y política.

“Las promesas del XX”. Modernidad *versus* Tradición

Pero si hasta la proclamación de la República la vida política cordobesa ofrecía más rasgos de continuismo que de modernidad, en otros aspectos de su realidad social y material su rumbo, sin cortar totalmente sus ataduras con el pasado, comenzaba a mostrar señas de evidente modernidad y progreso que parecían romper con una situación secular de atraso y abandono; y en este sentido hemos de reseñar el impresionante despegue registrado en su padrón de vecinos que a lo largo de los treinta primeros años de la centuria llegó casi a doblar sus efectivos de 1900: los 56.097 cordobeses de entonces pasaron a ser 101.701 en el censo de 1930-, un caso excepcional de incremento demográfico dentro del contexto nacional, sólo protagonizado por dos o tres ciudades españolas, y sin precedentes desde hacía muchos siglos en la propia Córdoba¹³. Es evidente que durante la etapa que nos ocupa se produjo un paulatino descenso de las tasas de mortalidad ordinaria hasta entonces muy elevadas entre los cordobeses, sobre todo la mortalidad infantil, lo que sin duda contribuyó al incremento de habitantes; pero la razón fundamental estuvo en la fuerte atracción que ejercía la capital para muchas familias campesinas de la provincia que huían de un medio rural cada vez más conflictivo y agitado para encontrar en ella las posibilidades de subsistencia que el campo les negaba. Córdoba, en estos años, sin perder su tradicional dependencia de un sector agrario, en importante proceso de capitalización y desarrollo, participaba con especial énfasis del ciclo expansivo de la economía española particularmente incentivado como consecuencia de la neutralidad de nuestro país en la Gran Guerra. Como consecuencia de ello las actividades económicas de la ciudad se vieron sensiblemente incrementadas y diversificadas en sectores como la banca. En estos años se establecieron en nuestra ciudad sucursales de las grandes entidades nacionales –Banco Español de Crédito (1918), Albacete y Matritense (1921), Hispano Americano y Central (1923)-, mientras que también se ampliaba el negocio de entidades locales como la Banca Pedro López y el Monte de Piedad y Caja de Ahorros cuyo capital se incrementó un 300% entre 1900 y 1930-. También en este periodo se dinamizó la artesanía de la plata y el oro, la actividad constructora tanto de inmuebles como de obras públicas, y, lo que resulta más relevante, comenzaron a aparecer nuevas industrias de muy variada gama: alimenticias,

¹³ VALLE BUENESTADO, Bartolomé: “Evolución reciente de la población de Córdoba” en LÓPEZ ONTIVEROS, A. y VALLE BUENESTADO, B.: *Córdoba Capital. Volumen 3 Geografía*. Córdoba 1994, pp. 64-69.

fundiciones y manufacturas mecánicas con nombres que aún evocan el recuerdo de muchos cordobeses, por citar algunas: las empresas Barranco Damián y Cía. (1904), González Hnos. S.A. (1906), la Cordobesa y Serraleón (1911), San Rafael (1919), San José (1923), Bernardo Alba e Hijos (1925), etc., sin olvidar firmas como la ya veterana Casa Carbonell con más de medio siglo de vida y que en este año comenzaba a adquirir el carácter de empresa de altos vuelos que dedicaba parte de su producción a las ventas al extranjero¹⁴; en general se trataba de empresas casi todas ellas de limitado soporte técnico-financiero y pequeña dimensión, excepción hecha de la que fuera la gran empresa industrial cordobesa del s. XX, la SECEM (Sociedad Española de Construcciones Electromecánicas), la popular “Electro”, fundada en 1917 con capital financiero hispano-francés y en producción desde 1921¹⁵.

Con lo hasta ahora apuntado podemos ya explicarnos el crecimiento demográfico de aquella Córdoba que parecía desprezarse del sopor secular que la venía atenazando desde finales del siglo XVI. En evidente relación con lo que estaba ocurriendo en el ámbito de la actividad económica, los nuevos vientos de cambio y de progreso también se dejaron sentir en la propia intensidad del proceso de modernización urbana iniciado muy incipientemente en la centuria anterior, así como en la progresiva implantación de servicios públicos hasta entonces inexistentes. Aunque aún lejos del alcance de todos, a muchos cordobeses ya no les resultaban algo exótico realidades como el teléfono, la iluminación doméstica por electricidad, el agua corriente, el alcantarillado y el transporte urbano regular, un acontecimiento éste largamente esperado por toda la ciudad que al fin culminó el 1 de marzo de 1922 con el acta fundacional de la Sociedad Anónima “Autobús de Córdoba”¹⁶. Córdoba inscribía así su nombre entre las primeras ciudades españolas en contar con este servicio.

Los años de la Dictadura y la notable labor al frente de la alcaldía de José Cruz Conde¹⁷, comandante de Artillería, amigo personal del Dictador con el que entabló una estrecha relación desde que en la víspera del 13 de septiembre de 1923 interviniera de enlace entre Primo de Rivera y los generales implicados en Madrid: Cavalcanti, Saro y Daban¹⁸, dejaron en Córdoba un notable bagaje de realizaciones en todos los ámbitos de la actuación municipal. Gracias a la activa gestión de Cruz Conde se llevaron a cabo importantes obras de infraestructura, entre las que cabe destacar la ordenación definitiva del centro de la ciudad en torno a la ampliada plaza de las Tendillas previa demolición del popular Café Suizo (1925). El nuevo aspecto de la ciudad se vio favorecido con la apertura de nuevas calles, entre ellas la de Pérez Galdós y la que sería el gran eje comercial de la Córdoba posterior, bautizada con el nombre del propio alcalde -calle Cruz Conde- y la construcción de numerosos edificios de notable porte arquitectónico en las zonas de expansión de su casco intramuros¹⁹. Simultáneamente se procedió al

¹⁴ CASTEJÓN MONTIJANO, Rafael: *Génesis y desarrollo de una sociedad mercantil e industrial de Andalucía. La Casa Carbonell de Córdoba (1866-1918)* Córdoba 1979.

¹⁵ SARMIENTO MARTÍN, Encarnación.: *La Electromecánica una gran industria cordobesa, 1917-1936*, Córdoba 1992.

¹⁶ AGUILAR GAVILÁN, Enrique.: “Una aproximación a la Córdoba del primer tercio del siglo XX” en COSANO MOYANO, J.: *Córdoba contemporánea. Historia, espacio urbano y economía*, Córdoba 2009, p. 221.

¹⁷ PONCE ALBERCA, Julio.: *Del Poder y sus Sombras. José Cruz Conde (1878-1939)* Córdoba 2001.

¹⁸ *Ibidem*, p. 47 y ss.

¹⁹ VILLAR MOVELLÁN, Alberto “Arquitectos y arquitectura cordobesa en el primer tercio del siglo XX” en GARCÍA VERDUGO, Francisco R. (editor) *Francisco Azorín Izquierdo. Arquitectura, urbanismo y política en Córdoba (1914-1936)* Córdoba, 2005, pp 37-70.

ensanche y pavimentación de calles y plazas, se ampliaron las zonas ajardinadas, y se acometieron importantes obras de extensión de la red de alcantarillado a impulsos de unos servicios de Saneamiento y Urbanización municipales más eficaces desde su reorganización en 1927; por último la administración cruzcondista despejó el camino para algo de vital importancia en la vida de los cordobeses: el futuro abastecimiento de agua a toda la ciudad, una vez concluidas después de 26 años las obras del pantano del Guadalquivir (1903-1929)²⁰.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Córdoba parecía empeñada en tomar el tren del futuro, un futuro que en parte podría apoyarse en el rico legado de su patrimonio histórico-cultural; y ello explica las iniciativas del propio Ayuntamiento que asignó partidas presupuestarias para actividades culturales como la destinada al importante "Tricentenario de la muerte de Góngora" organizado por la Real Academia cordobesa en 1927; también para gastos de difusión y propaganda turística, potenciación del Cuerpo de Intérpretes y Guías creado en 1911, restauración de monumentos, creación del Patronato de Turismo, protección legal de las zonas histórico-artísticas, etc., conscientes los municipios de los beneficios que el atractivo turístico de la urbe califal podría reportar en el futuro de los cordobeses.

Pero el nuevo rumbo que parecía tomar la vida material de la ciudad y de sus habitantes en las primeras décadas del siglo XX no logró, sin embargo, torcer la inercia secular de los graves problemas y desajustes que afectaban a la sociedad cordobesa. Sin que tengamos noticias de las intermitentes y dramáticas hambrunas que afectaron a los cordobeses a lo largo del XIX, el crónico problema del paro obrero y sus secuelas no dejó de gravitar en el acontecer cotidiano de la ciudad y de la inmensa mayoría de sus habitantes, en algunos momentos con especial gravedad como ya apuntamos en el bienio 1903-5, o en 1916, año en que a la escasez y el paro crónico se añadió el impacto de la Primera Guerra Mundial en los precios de los alimentos, una situación desesperada en la que el hambre movilizó a miles de cordobeses -la prensa informaba de una manifestación de más 10.000 obreros- que llegaron a ocupar el Ayuntamiento para exigir al Alcalde Salvador Muñoz Pérez trabajo y comida barata. La ausencia de instrumentos de acción social por parte del Estado hacía que las respuestas fueran exclusivamente del Ayuntamiento, que recurría a destinar algunas partidas del erario municipal para emplear a jornaleros y abrir cocinas económicas como la establecida en 1916 en la plaza de toros, que durante varios días repartió miles de raciones a precios simbólicos²¹. En no pocas ocasiones las movilizaciones y conflictos sociales llegaban a alcanzar situaciones de extremo radicalismo como las vividas en nuestra ciudad pocos meses después de terminada la Gran Guerra, momentos en los que Córdoba fue escenario de episodios violentos, como los protagonizados por una multitudinaria manifestación anticaciquil que el 17 de febrero de 1919 después de romper a pedradas las cristalerías de edificios tan simbólicos como el Círculo de la Amistad, el Mercantil y Labradores, el Café Suizo, etc., descargó sus iras en el paseo de la Victoria destruyendo un grupo escultórico monumental obra de Mateo Inurria que se había erigido por suscripción popular en honor de Antonio Barroso y Castillo, el todopoderoso jefe del partido liberal en Córdoba y uno de los políticos más significados de la Restauración

²⁰ Sobre el urbanismo cordobés de la época vid. GARCÍA VERDUGO, Francisco R. y MARTÍN LÓPEZ, Cristina: *Cartografía y fotografía de un siglo de urbanismo en Córdoba*. Córdoba 1994.

²¹ AGUILAR GAVILAN, Enrique: *Historia de Córdoba*. Madrid, 1995. p. 110

cordobesa.²²

La Córdoba de los años treinta.

Situándonos ya en los años treinta, la vida de la ciudad a lo largo de esa dramática década vino sin duda marcada por el advenimiento de la II República y su terrible final en medio del más cruel de los enfrentamientos habidos entre los españoles en toda su historia.

Los comicios municipales que el 12 abril de 1931 trajeron de la mano la II República tuvieron en Córdoba unos resultados no muy distintos a los de las demás grandes capitales del país. Las candidaturas antimonárquicas habían obtenido un aplastante 70% de los votos emitidos -12.440-, lo que se tradujo en el nuevo consistorio en una mayoría de 27 concejales -20 republicanos y siete socialistas- frente a los 17 monárquicos²³. Sin embargo, cuando todavía no se habían acallado en Córdoba los ecos de la gran manifestación organizada para saludar el inapelable triunfo republicano, las nuevas autoridades se vieron abocadas a un verdadero alud de conflictos cuyo telón de fondo era siempre el denominado problema obrero -acuciante paro, mejoras salariales y laborales, control de precios... etc. Las huelgas, algaradas y violentos enfrentamientos callejeros que se sucedieron en los primeros días de mayo, sin alcanzar el grado de vandalismo anticlerical de otras ciudades españolas, culminaron la noche del 10 al morir cuatro obreros por disparos de la guardia civil en sendos intentos de asalto al convento de San Cayetano y a la armería “Nuevo Sport”. El Alcalde de la Ciudad, Eloy Vaquero Cantillo, tuvo que poner en práctica todas sus dotes persuasivas -apertura de un expediente para depurar responsabilidades, pago de las costas del sepelio de las cuatro víctimas a cargo del Ayuntamiento, ayudas municipales para las familias afectadas...etc.-, para evitar que Córdoba ardiera por los cuatro costados²⁴.

Controlada la situación tras declararse el estado de guerra, las elecciones a Cortes Constituyentes del 28 de junio ratificaron el triunfo absoluto de las fuerzas republicanas y la clara tendencia progresista del electorado cordobés: las dos actas correspondientes al distrito de la capital fueron para el socialista Joaquín García Hidalgo y el alcalde y popular dirigente del Partido Republicano Autónomo, Eloy Vaquero Cantillo. A bastante distancia de los votos de éstos aparecían el veterano político monárquico y enemigo acérrimo de la Dictadura de Primo de Rivera José Sánchez Guerra, que había comparecido a los comicios como independiente y el comunista Ramón Casanellas²⁵.

El vuelco político que la República experimentó a nivel nacional en las elecciones de noviembre de 1933 con la victoria en las urnas y la subida al poder de las fuerzas de centro-derecha (radicales y cedistas) tuvo en el voto de la capital cordobesa -no así en el resto de la provincia, que siguió la tónica del país-, una de sus excepciones: socialistas y comunistas obtenían en 2ª vuelta (3-XII-1933) 14.532 y 3.783 sufragios frente

²² ORTIZ VILLALBA, Juan: “Un episodio caciquil en la memoria de Rafael Castejón”. Presentación y notas Juan Ortiz Villalba. En *Francisco Azorín Izquierdo...*, 271-291.

²³ BARRAGÁN MORIANA, Antonio.: *Realidad política en Córdoba, 1931*. Un estudio electoral. Córdoba 1980. Pp. 63-67.

²⁴ Cfr. *El Diario de Córdoba, El Liberal, La Voz, Política...*etc. 14/V/1931 y días siguiente.

²⁵ BARRAGÁN MORIANA, Antonio.: *Realidad política en Córdoba...*, p. 114.

a los 13.463 de la candidatura antimarxista²⁶. La tendencia izquierdista del electorado cordobés se vio ratificada en los comicios de febrero de 1936 donde la hegemonía del Frente Popular quedó patente al obtener su candidatura uno de sus más resonantes triunfos en capitales de provincia, llegando a doblar con holgura el voto de centro derecha -28.265 sufragios frente a los 12.023 conseguidos por la candidatura de derechas²⁷.

Los años de la II República transcurrieron en un clima de creciente polarización de la sociedad cordobesa con una derecha cada vez más a la defensiva y en parte hostil al régimen, y una izquierda encuadrada en el PSOE, la UGT, la poderosa CNT y en menor medida en el PC., formaciones obreras cuyo protagonismo y predominio local en una coyuntura favorable -libertad política y crisis económica- fue una realidad incuestionable durante todo el período.

Esta polarización y enfrentamiento social de la Córdoba republicana se vio en gran medida incentivada por acontecimientos como el fracasado golpe de estado del general Sanjurjo (10-VIII-1932), hecho que fue contestado con dureza por la izquierda local que llegó a acusar sin tapujos y en algún caso con probada injusticia a cordobeses considerados cómplices de la intencional golpista que fueron detenidos y encarcelados²⁸; o por decisiones políticas adoptadas por el gobierno radical-cedista que en mayo de 1934 cesaba al propio alcalde Pascual Calderón Uclés de Alianza Republicana por “actitud de rebeldía a las órdenes gubernativas” y, meses después, a varios concejales de izquierdas tras la revolución de octubre de 1934 por no prestar a las autoridades la ayuda debida²⁹. Tales episodios sólo contribuyeron a enraizar una convivencia ya de por sí suficientemente tensa y cargada de odios por cuestiones de índole económica y social a las que cabía añadir, tras el triunfo del Frente Popular, los enfrentamientos entre católicos militantes y afiliados a partidos y sindicatos de izquierdas dispuestos a impedir en la vía pública celebraciones religiosas de tradición y arraigo popular como los desfiles procesionales de Semana Santa.

Ante el panorama esbozado resulta explicable la reacción de alivio y de apoyo incondicional de las fuerzas conservadoras locales cuando al estallar el alzamiento de la guarnición de África contra la República y con ello la Guerra Civil, la ciudad se adhirió desde los primeros momentos al llamado “bando nacional”. Los hechos se desarrollaron en Córdoba de acuerdo con el plan previamente trazado por su principal responsable, el coronel Ciriaco Cascajo, jefe del Regimiento de Artillería Pesada nº. 11 con guarnición en la capital³⁰. Después de una breve y simbólica resistencia de la guardia de asalto bajo el mando del capitán Tarazona en el Gobierno Civil, acción que días después le costó la vida junto a muchos de los presentes en el edificio, la primera autoridad provincial, Antonio Rodríguez de León, sospechosamente poco proclive a resistencias numantinas, yo diría más, en absoluta connivencia con los sublevados, entregaba el edificio y a sus ocupantes, la mayoría destacados dirigentes del Frente Popular, al coronel Cascajo, ya investido por

²⁶ Aunque con pequeñas diferencias en los votos asignados a las tres candidaturas la prensa local coincidía prácticamente en los resultados reseñados. Vid *Diario de Córdoba*, “La Voz” y *El Defensor de Córdoba* 4, 5 y 6-XII-1933.

²⁷ *Diario de Córdoba*, “La Voz” 18, 19 y 25-II-1936.

²⁸ LÓPEZ VILLATORO, Francisco: *Los inicios del franquismo en Córdoba. F.E.T. de las J.O.N.S.* Córdoba 2003. p 27 y ss.

²⁹ PALACIOS BAÑUELOS, Luis: *Historia de Córdoba, La etapa contemporánea (1808-1936)*. Córdoba 1990. P. 409.

³⁰ DURÁN DE VELILLA, Marcelino: *El 18 de Julio: Episodios del Glorioso Movimiento Nacional de Córdoba*. Córdoba 1937.

Queipo de Llano comandante militar general y máxima autoridad de la plaza. Mientras tanto, Rodríguez de León y su familia se instalaban en el Hotel Simón declarando éste con posterioridad la delicadeza con que los militares sublevados le habían tratado.

Antes de que terminara aquella jornada se habían neutralizado los pocos efectivos obreros que intentaron impedir el desenlace declarando una huelga general. La rebelión militar había triunfado ciertamente con pocos costos materiales y humanos para el bando nacional: sólo algunos conatos de incendios en las iglesias de Santa Marina y de San Agustín y el asesinato del joven abogado de la CEDA José M^o Herrero³¹.

Convertida para los sublevados en pilar estratégico del valle del Guadalquivir tras rechazar en las primeras semanas de la contienda los desorganizados intentos del ejército republicano, Córdoba vivió en la retaguardia los horrores del conflicto en medio de una aparente normalidad sólo alterada por las incursiones y bombardeos de la aviación republicana, 38 constatados a lo largo de toda la contienda que provocaron entre 155 y 235 víctimas mortales según distintas fuentes, sin contar varios centenares de heridos y más de tres centenares de edificaciones afectadas³². No resulta, pues, extraño que los cordobeses de entonces elevaran a la categoría de héroe al piloto nacionalista, el melillense Joaquín García-Morato Castaños destinado en el aeródromo de la Electro Mecánica, al mando de la Patrulla Azul para proteger los cielos de la ciudad con probada eficacia, algo que se pondría de manifiesto cuando sólo cuatro días después de concluida la Guerra Civil –el 4/IV/1939–, la ciudad recibía con pesar la muerte en vuelo de exhibición del piloto más laureado de la contienda.

Ante este escenario, la mayoría de los cordobeses, de buen grado o por la fuerza, no tardaron mucho tiempo en asumir los nuevos valores que se imponían desde el poder en la España Nacional –reverdecimiento de las celebraciones y prácticas religiosas colectivas, manifestaciones nacionalistas, militarización de la vida ciudadana, campañas de recogida de joyas para la causa nacional, etc–. Sin embargo, bajo esa aparente normalidad a la que aludíamos se desarrolló una de las más crueles represiones que se llevaron a cabo en la España de aquel tiempo. Muchos cordobeses sufrieron juicios y depuraciones profesionales, la vigilancia y la delación y, en el peor de los casos –en torno a 3.000– la actuación de los pelotones de fusilamiento en las tapias de los dos cementerios de la ciudad. En estos menesteres tuvieron un papel destacado personajes de tan siniestro recuerdo como el comandante de la guardia civil Luís Zurdo, al frente de la jefatura de orden público local, Luís Velasco ex-comunista resellado en aguerrido falangista al mando de las temidas *Brigadas del Amanecer* y Bruno Ibáñez, el tristemente célebre *Don Bruno*, teniente coronel de la Benemérita y jefe de orden público entre septiembre de 1936 y abril de 1937 cuya paranoica crueldad hizo que su nombre permaneciera para siempre en la memoria colectiva de los cordobeses como sinónimo de la más abyecta barbarie humana. Pero, como todo en la Historia, la Guerra terminó.

³¹ MORENO GÓMEZ, Francisco: *La República y la Guerra Civil en Córdoba (I)*. Córdoba 1982. pp. 398 y ss.

³² HIDALGO LUQUE, Patricio “Los bombardeos aéreos republicanos sobre la retaguardia nacional durante la Guerra Civil española: aproximación al caso de Córdoba” en BULLÓN DE MENDOZA, A.: *República y Guerra Civil: setenta años después*. Madrid 2008.

La triste post-guerra y el camino hacia el “milagro español”

El fin de la Guerra Civil y la euforia con que los vencedores saludaron como decía la prensa en aquellos días: “el amanecer imperial de una España nueva bajo el mandato del Caudillo” ocultaba, sin embargo, la realidad de un pueblo que, salido de una pesadilla, se disponía a afrontar una de las más difíciles coyunturas del s. XX: la década de los cuarenta con sus secuelas de dolor, de escasez en todos los órdenes, de vuelta al pasado y de casi absoluto aislamiento de la comunidad internacional cuando la II Guerra Mundial tocó a su fin.

Dentro de este panorama, Córdoba no fue una excepción, y tras la esperanza que supuso la expansión y dinamismo económico y social del primer tercio de la centuria y del intenso clímax político vivido durante la República, volvía a recuperar su viejo carácter de ciudad rural y tradicional, de vida monótona, aburrida y gris.

Aquellos primeros años de posguerra, la década de los cuarenta, fueron años especialmente difíciles para una ciudad que añadía a sus graves carencias los efectos inmigratorios de un éxodo rural sin precedentes. En 1950 su población alcanzaba los 160.347 habitantes para llegar diez años después a los 189.671³³; naturalmente los problemas que ello traía consigo eran abrumadores: las generaciones, todavía entre nosotros que vivieron aquellos años, aún recuerdan con horror el escenario de paro, racionamiento, hambre, miseria -la dieta alimenticia de muchos cordobeses no alcanzaba las 1.500 calorías en los primeros cuarenta-, y sobre todo la cuestión que con el tiempo y hasta bien entrada la década de los sesenta llegó a convertirse en auténtica pesadilla para muchos cordobeses y en particular para sus mandatarios locales: nos referimos a la acuciante falta de viviendas y al cinturón de infraviviendas: chozos y chabolas que con más profusión que nunca en la historia de Córdoba comenzaron a colmar la periferia de la ciudad. La ausencia de iniciativas particulares ante la crisis general del país hizo que diversas instituciones, entre ellas el propio Ayuntamiento, trataran de afrontar el problema promoviendo planes cuyo objetivo era doble: construir viviendas y paliar el terrible desempleo existente; y así en agosto de 1941 la prensa local se hacía eco de la inminente construcción a expensas del municipio de 1.350 casas baratas donde poder alojar a 8.000 cordobeses. El carácter testimonial de tales iniciativas, en la mayoría de las ocasiones sólo realidades en las páginas de la prensa, contrastan, sin embargo, con el éxito de las llevadas a cabo por la “Asociación Benéfica de la Sagrada Familia”, patronato fundado en 1947 por el dominico Fray Albino González Menéndez-Raigada, obispo de la diócesis (1946-1958) y amigo personal de Franco con el que había coincidido en Tenerife durante su episcopado. Cuentan quienes le conocieron que cuando Fray Albino llegó a Córdoba, dentro de las múltiples carencias de la Diócesis, quedó sobrepresionado por las dramáticas condiciones en que vivían los cordobeses más humildes en barriadas como El Zumbacón, hacinados en chozos donde la suciedad, la enfermedad, la promiscuidad familiar y la ausencia de las más elementales instalaciones y normas higiénicas eran la tónica dominante. No resulta pues extraño que el Prelado cordobés se dedicara denodadamente a intentar paliar esta situación consiguiendo en poco tiempo coronar su labor social en dos nuevas y populosas barriadas -Fray Albino y Cañero-, cuyas primeras viviendas de las más de

³³ VALLE BUENESTADO, Bartolomé: “Evolución reciente de la población....”, p. 66.

4.000 que se construyeron, fueron entregadas por el propio Franco en 1948 que a tal efecto y por segunda vez -la primera tuvo lugar el 1 de mayo de 1943- giraba visita a Córdoba³⁴.

Pero al margen del enorme cúmulo de problemas y del ambiente de tristeza y frustraciones que presidía el acontecer diario de la ciudad, muchos cordobeses convencidos o con la pretensión de lavar pasadas militancias políticas³⁵, también participaron de la euforia nacionalista de aquel primer franquismo que en el verano del 41 lanzaba el grito de “¡Rusia es culpable!” y que en el 46, tras la condena internacional en la O.N.U., se disponía a resistir en torno a su Jefe el cerco hostil “del comunismo y la masonería internacional”. En ambas ocasiones la respuesta de la ciudad no defraudó las expectativas de sus dirigentes: en los primeros días de julio de 1941 salían de su estación cuatro expediciones de cordobeses dispuestos a combatir a la Rusia soviética en las filas de División Azul. Cinco años después el diario *Córdoba* se hacía eco de la impresionante manifestación de 25.000 personas -10-XII-1946- que tras una pancarta con el lema “si ellos tienen O.N.U. nosotros tenemos dos” que portaban estudiantes de la Veterinaria, mostraban su rechazo a la retirada de embajadores recomendada por las Naciones Unidas y su adhesión incondicional al Caudillo.

Actitudes y comportamientos políticos que se complementaban con multitudinarios actos de carácter religioso en consonancia con el recuperado protagonismo de una iglesia católica que auspiciaba iniciativas como las, todavía en el recuerdo de los más viejos, Santas Misiones, verdaderas catarsis espirituales que tenían como escenario a toda la ciudad y a miles de ciudadanos durante varios días -en 1945 fueron dos semanas- con Vía Crucis y Eucaristías colectivas o incluso episodios como el protagonizado por una turbamulta de estudiantes que el 12 de octubre de 1945 después de la consabida manifestación llegaron a quemar en una hoguera en la plaza de Las Tendillas, entonces denominada José Antonio, siete grandes cajones de libros, folletos y revistas, la prensa informaba al día siguiente que habían tardado más de hora y media en consumirse. Situaciones, pues, de orientado paroxismo colectivo propias de los tiempos y en cierto sentido no muy distintas a la impresionante manifestación de duelo popular que acompañó hasta el cementerio de Nuestra Señora de la Salud el cadáver del ídolo por excelencia de la Córdoba de los cuarenta: Manuel Rodríguez Sánchez “*Manolete*” (1917-1947), para doctas opiniones el más grande espada de todos los tiempos, cuyas gestas taurinas en los ruedos de España e Hispanoamérica alimentaron el mito popular de aquella Córdoba que quedó paralizada por el dolor al recibir la noticia de su cogida mortal en Linares (28-VIII-1847).

Pasados los más duros y difíciles momentos del franquismo, los años cincuenta fueron testigos del afianzamiento del Régimen tras suspenderse las sanciones recomendadas por la O.N.U. (1950) y recibir el progresivo reconocimiento diplomático de las grandes potencias occidentales.

Y con el fin del aislamiento, sin que se modificara la naturaleza dictatorial del estado franquista incólume hasta la muerte de su titular, comenzó un proceso de recuperación económica que tras el famoso Plan de Estabilización de 1959 en la década siguiente se

³⁴ Diario *Córdoba* 2-V-1943.

³⁵ López Villatoro recoge en su libro sobre *Los inicios del franquismo en Córdoba* las depuraciones, una vez concluida la Guerra Civil, de antiguos militantes de sindicatos y partidos de izquierdas que se habían afiliado a Falange, sin duda, con el propósito de intentar ocultar su pasado y las más que seguras medidas represivas que podían sufrir.

vería consolidado hasta alcanzarse lo que se ha venido en llamar “el milagro español”.

Córdoba, que formaba parte de una de las regiones españolas menos favorecidas a la hora de recibir los frutos del desarrollo con el “maná” de las inversiones públicas, se disponía también a asistir a un proceso de cambio material y humano que al fin habría de sentar las bases para que la ciudad irrumpiera de lleno en el siglo XX.

Como no había ocurrido desde hacía siglos, las décadas de los años cincuenta y sesenta enmarcarían pues el periodo en el que nuestra ciudad adquirió la consideración de una urbe moderna.

En todos los tiempos y en los momentos trascendentales de la historia de los pueblos, regiones o naciones siempre han surgido personalidades de excepcional talla política que, al margen de ideologías o militancias, supieron no sólo forjar grandes proyectos que llevar a la práctica, sino que también tuvieron la capacidad y el tesón de galvanizar a colectivos humanos para que estos grandes proyectos se convirtieran en realidad. Y eso es precisamente lo que ocurrió en la Córdoba de aquellos años en los que su Ayuntamiento estuvo pilotado por un Alcalde excepcional. Como en la Dictadura de Primo de Rivera en esta década nuestra ciudad quedaría vinculada al hombre que pasaría a los anales de la misma con la consideración de mejor munícipe del siglo XX. Me estoy refiriendo a Antonio Cruz Conde, sobrino del que fuera notable alcalde primorriverista, José Cruz Conde al que precisamente idolatraba y en el que, según sus *Memorias* editadas en 2005 por nuestro Ayuntamiento con estudio y notas de Juan José Primo Jurado y Prólogo de nuestra entonces alcaldesa Rosa Aguilar³⁶, Antonio Cruz Conde se inspiraría en su tarea al frente de la alcaldía, incluso impulsando realizaciones que ya estaban en el proyecto de Ciudad de su admirado predecesor.

El 19 de noviembre de 1951 Antonio Cruz Conde sustituía a su hermano Alfonso (1947-1951), designado Gobernador Civil de Cádiz, al frente del Ayuntamiento para ejercer dicho cargo hasta 1962 en que pasó a presidir la Diputación Provincial cordobesa durante un quinquenio, hasta 1967. En su discurso de toma de posesión municipal acuñaba una divisa y un compromiso: “una Córdoba mejor hecha por los cordobeses”³⁷ -una magnífica divisa, podrán convenir conmigo todo los que aquí me escuchan para que siguiera inspirando la acción de los gobiernos municipales del siglo XXI-

A lo largo de su dilatado y fructífero mandato –ha sido el Alcalde que ha permanecido durante más tiempo continuado al frente del Consistorio en época Contemporánea- Antonio Cruz Conde llevó a término un programa de realizaciones cuyos frutos terminaron de vincular para siempre el nombre de esta dinastía a la Córdoba de hoy³⁸. Durante su alcaldía la ciudad vio al fin solucionados o sensiblemente mejorados problemas ancestrales de infraestructuras, entre los que merecen especial mención: el abastecimiento de agua a todo el casco urbano con el recrecimiento de la presa del Guadalquivir y la puesta en servicio de la estación depuradora de Villa Azul (1955), probablemente la iniciativa de la que Cruz Conde se sentía más orgulloso. En el ámbito

³⁶ PRIMO JURADO, Juan José: *Antonio Cruz Conde y Córdoba. Memorias de una gestión pública (1951-1967)*, Córdoba 2005.

³⁷ *Diario Córdoba* 20-XI-1951.

³⁸ Con su conocimiento del período y con sus notables dotes de magnífico escritor y mejor comunicador Francisco Solano MÁRQUEZ CRUZ, recoge en su libro: *La Córdoba de Antonio Cruz Conde. El alcalde que cambió la ciudad*. Córdoba, 2007, una descripción bastante precisa de lo que fue la gestión municipal de Antonio Cruz Conde tomando como principal fuente de información la crónica diaria del periódico decano de la ciudad, el diario *Córdoba*.

de las obras públicas el empecinamiento de Cruz Conde no sólo se plasmó en el trazado de nuevos accesos a la ciudad –las actuales avenidas de Carlos III y Vallellano-, sino que también hizo que, por fin, el Ministerio de Obras Públicas construyera e inaugurara en 1953 un segundo puente sobre el Guadalquivir para, después de 2.000 años compartir con nuestro inigualable y recientemente maltratado Puente Romano, el obligado y cada vez más intenso tráfico rodado entre la Baja Andalucía y el Centro de la Península. Terquedad y tesón del primer munícipe cordobés en su obsesivo deseo de proyectar a Córdoba hacia el futuro, que tuvo también evidente ejemplo en la construcción del actual aeropuerto. Antonio Cruz Conde, convencido del papel que las comunicaciones aéreas estaban llamadas a desempeñar en el futuro de las naciones y de sus ciudades, retomó con particular énfasis el proyecto que ya había barajado uno de sus predecesores en la Alcaldía, Rafael Salinas Anchelerga en 1948. Después de superar innumerables obstáculos promovidos por los propietarios de los terrenos a expropiar, una familia aristócrata sevillana –los condes de Villacreces- con notables influencias en Madrid, e incluso por el propio Ministerio del Aire que no estaba dispuesto a que Córdoba contara con el único aeropuerto municipal que se pretendía construir en España, Antonio Cruz Conde no cejó hasta ver realizado su sueño el 25 de mayo de 1958 cuando el prelado de la Diócesis, Fray Albino, en uno de sus últimos actos públicos ya que moriría semanas después, bendecía las instalaciones del nuevo aeropuerto cordobés.

Pero recordando las iniciativas municipales que en aquellos años transformaron drásticamente el aspecto de la Ciudad, no podemos olvidar las obras acometidas en la Plaza de la Corredera para devolverle el aspecto que ésta tenía antes de que en 1893 se construyera en su interior un gran mercado de abastos forjado en hierro. El desmantelamiento del mercado y las excavaciones llevadas a cabo para construir un soterrado en el mismo lugar, hicieron posible el hallazgo de un conjunto de impresionantes mosaicos romanos que, con extraordinario acierto por parte del Ayuntamiento, fueron colocados en las paredes de uno de los salones –el actual Salón de Mosaicos- del Alcázar de los Reyes Cristianos, entonces también en proceso de lograda restauración municipal.

También en estos años se afrontaron desde el Ayuntamiento retos seculares como las inundaciones del Campo de la Verdad con las frecuentes crecidas del Guadalquivir, por medio de la construcción de un muro defensivo que conjuraba para siempre el temor de las familias que habitaban en esta zona de la ciudad. Se amplió igualmente el alumbrado público, se impulsó la renovación y ampliación de la red de alcantarillado, la urbanización y pavimento de numerosas calles y espacios públicos y la ampliación de zonas verdes –Parque Cruz Conde-. También se potenció notablemente la limpieza y ornato de la ciudad por unos servicios de saneamiento municipal que desarrollaban su tarea a horas nocturnas con tal celo y eficacia que Córdoba se convirtió a ojos de quienes la visitaban en una de las ciudades españolas que más destacaba por su limpieza.

A título de anécdota, el propio Antonio Cruz Conde relata en sus memoria haberse inspirado para este menester en la ciudad de París y en concreto en un viaje que hizo siendo aún muy joven acompañando a su tío Pepe:

siendo yo joven me llevó mi tío Pepe en una ocasión a París [...] se empeñó en que le acompañara porque me quería enseñar cómo se limpiaba París. Esperamos a que fuese de madrugada para ver en acción los servicios de limpieza de las calles de París. Aquello era, efectivamente, una cosa asombrosa; era una especie de ejército que con escaleras mecánicas se subía a los faroles para limpiarlos y que al mismo

tiempo baldeaba la calle, limpiaba, barría y dejaba la ciudad como una patena. A mí, aquello se me quedó muy grabado. Y siendo alcalde pensé que cuando había que limpiar la ciudad era de noche. Así que organizamos servicios nocturnos que baldeasen y limpiasen la ciudad, pues así amanecía totalmente limpia; luego durante el día era más fácil entretenerla y quitar los cuatro papeles que pudiera tirar alguien. Así lo hicimos; y yo creo que ese fue el secreto³⁹.

Nunca desde hacía siglos la ciudad había experimentado cambios tan espectaculares como los registrados durante el mandato de Cruz Conde. Desaparecieron grandes zonas de chabolas como las del Zumbacón, y las que abundaban adosadas a los muros exteriores del cementerio de San Rafael o en los lienzos de la muralla medieval de Córdoba que aún quedaban en pie, con lo que se puso punto y final a una de las grandes lacras de la ciudad. Para ello impulsó la construcción de viviendas y la planificación de barriadas como el Sector Sur. El Propio Cruz Conde recoge en sus memorias un episodio que le estremeció sobremedida relacionado con las dramáticas condiciones en las que vivían aquellos cordobeses hacinados en chabolas todavía a la altura de los años 50 del pasado siglo, un testimonio que además deja patente el profundo sentido social que siempre guió su acción de gobierno:

En una ocasión, fui atendido como alcalde para la adjudicación de unas viviendas precisamente para habitantes de este barrio -el Zumbacón-. Se trataba de una casa situada detrás del hospital militar, pero que tenía todas las características de un grupo de chabolas adosadas. Se presentaron en el despacho de la alcaldía el grupo de vecinos que las habitaba, con ocasión de un temporal de lluvias, para darme cuenta de su angustiosa situación. Le prometí visitarles aquella misma tarde, lo que pusieron en duda dada la dificultad de acceso por la cantidad de agua y lodo que había caído en todo su entorno. Efectivamente se hizo difícil llegar hasta allí. El espectáculo era dantesco. Estaba obstruido el único retrete, para docenas de familias, que carecía de puerta y obligaba a que un familiar se pusiera de pie, delante, haciendo de pantalla. En toda la casa y como consecuencia del temporal, había 30 cm de agua sobre la que flotaban las heces. Los muebles anegados y sobre la cama un niño enfermo al que pude llegar por un puente de tablas, comprobando que tenía fiebre alta. Al ver ese espectáculo y conocer con sorpresa que cada familia, que sólo tenía una habitación, pagaba una alta cantidad de arrendamiento y al comprobar sin necesidad de ser técnico que aquello estaba en ruinas, decidí desalojar inmediatamente y derribar todo para que no pudiera seguir siendo explotado con destino a otros necesitados inquilinos. Obtuve las Viviendas de la Sagrada Familia y los bomberos convirtieron en solar aquel grupo de chabolas. Confirmé lo justo de mi decisión asesorado por rápidos informes jurídicos y técnicos, pero es posible que pudiera calificarse de “alcaldada” mi actuación en este caso, porque los trámites burocráticos fueron quizás excesivamente abreviados. Confieso que reaccioné con violencia al comprobar una situación tan injusta, pero enjuiciando con la serenidad que da el paso del tiempo, no tengo ni una sensación de culpabilidad por mi actuación en aquel día⁴⁰.

La cita es extensa pero extraordinariamente ilustrativa de un estado de cosas entonces real en nuestra ciudad.

Retomando el hilo de nuestro relato y sin entrar en detalle en otras realizaciones

³⁹ MÁRQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias de Córdoba* Córdoba 1985, pp. 86-87.

⁴⁰ PRIMO JURADO, Juan José.: *Antonio Cruz Conde y Córdoba...*, p. 126.

urbanísticas de la época, recordemos que a Antonio Cruz Conde se le solía llamar en la ciudad con el apodo cariñoso de “el Zapatero” por los numerosos salientes (tacones) que eliminó en el casco urbano de la ciudad para alinear y dar mayor comodidad a la circulación por las calles. Pero tal vez la gran aportación del primer munícipe cordobés a la morfología de la Córdoba futura fue la elaboración y aprobación en 1958 del primer Plan de Ordenación Urbana con que contó la ciudad, un Plan, con todas las virtudes y defectos que se le puedan atribuir desde la perspectiva actual, que en su día hizo posible el crecimiento de la ciudad de manera ordenada, poniendo fin a la anarquía que hasta entonces había guiado el desenvolvimiento urbanístico de la misma, desde mediados del siglo XIX.

Pero junto a la actividad municipal en materia urbanística a la que acabamos de hacer referencia, otra de las grandes prioridades que se fijó el primer regidor cordobés fue proyectar la imagen de una ciudad dueña de uno de los más ricos patrimonios históricos y culturales del país, cuya protección, a diferencia de lo ocurrido con el de otras ciudades, quedaba aceptablemente asegurada en el Plan de Ordenación de 1958; en esta materia y contando en no pocos casos con el concurso y asesoramiento de ilustres colegas de esta Real Academia, se acometieron obras de restauración y recuperación de edificios como el Alcázar de los Reyes Cristianos, las torres albarranas de la Calahorra y la Malmuerta, las puertas de Almodóvar y de Sevilla, el molino de la Albolafia y la Casa de las Bulas, sede desde entonces del bello Museo Taurino Municipal, cuya puesta en valor al servicio de los cordobeses y de quienes nos visitaban duró bastante menos tiempo que el empleado por los actuales mandatarios locales para la rehabilitación de su bello edificio al que felizmente parece que pronto veremos su final.

Naturalmente, una ciudad que se quería proyectar como destino obligado de ese nuevo fenómeno que era el turismo nacional e internacional necesitaba incrementar su oferta de servicios de alojamiento de alto confort, y en este sentido Cruz Conde movió sus resortes en Madrid para que se construyera en nuestra ciudad un Parador Nacional, nuestro actual Parador Nacional de la Arruzafa, y un lujoso hotel que sirviera de tarjeta de presentación de Córdoba en la impresionante avenida a la que se bautizara con el nombre de su suegro, el Conde de Vallellano, Ministro de Obras Públicas y, sin duda, uno de los principales valedores de la ciudad en la Villa y Corte; como comprenderán me estoy refiriendo al emblemático hotel Córdoba Palace inaugurado en 1956, y de cuyo sustituto actual obvio todo comentario por la controversia que generó su reciente construcción.

Por supuesto el ayuntamiento cordobés no olvidó a ese otro turismo de acampada que también entonces comenzaba proliferar proporcionándole un magnífico camping municipal dotado de toda las instalaciones necesarias para hacerlo atractivo a los turistas y a los cordobeses que al fin podían disfrutar de unas magníficas instalaciones de verano con piscina olímpica incorporada.

Sería prolijo efectuar aquí una pormenorizada descripción de todo aquello que se hizo durante la alcaldía de Cruz Conde, minuciosamente recogido en sus *Memorias* y en reciente y espléndido libro de Francisco Solano Márquez. Sin embargo no quiero sustraerme a dejar aquí constancia de lo que también constituyó una de sus líneas prioritarias de actuación: el impulso a la cultura y la protección y fomento de las distintas manifestaciones artísticas. En este ámbito, la sensibilidad del Ayuntamiento cruzcondista se plasmó en iniciativas como la apertura en 1954 de la Sala Municipal de Arte -la primera con carácter permanente que funcionó en la ciudad- y en la convocatoria

de lo que los críticos consideran hoy uno de los grandes jalones en la historia del “cante jondo”: el I Concurso Nacional de Arte Flamenco de 1956 cuyo gran animador fue el afamado poeta del grupo *Cántico* Ricardo Molina Tenor y cuyo primer galardonado fue ni más ni menos Antonio Fernández Díaz “Fosforito” que en mayo pasado ingresó en esta Academia. Sin olvidar certámenes promovidos a instancias del Ayuntamiento y en no pocos casos con la colaboración de la Real Academia, como la magna exposición nacional dedicada a Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, en la Torre de la Calahorra, el Milenario del Califato, el 500 aniversario de la muerte de Juan de Mena y los festivales de los Patios Cordobeses que se celebraban en los jardines del Alcázar y a los que acudían los mejores exponentes del panorama artístico nacional.

En septiembre de 1962 Antonio Cruz Conde abandonaba la alcaldía de Córdoba para hacerse cargo de la Presidencia de la Diputación Provincial, cargo desde el que también puso a prueba sus grandes dotes de buen gobierno a lo largo de los cinco años que rigió la citada institución hasta que en 1967 presentara su dimisión irrevocable -caso insólito en el régimen franquista-, por cuestiones de política interna. En palabras de Martínez Hernández tras el paso de D. Antonio por la Diputación *la política provincial, para los veinte años siguientes quedaba diseñada por Cruz Conde*⁴¹.

Respecto a Córdoba capital, el cambio que ofrecía la ciudad al concluir su mandato, evidente a ojos vista, posibilitaba que ésta se aprestara a encarar la década del milagro español -los sesenta- y los últimos años del franquismo en unas condiciones que aunque en muchos aspectos -sobre todo en el económico- no hicieron posible una verdadera transformación de sus estructuras materiales, sí permitieron que los cordobeses fueran testigos de cambios y acontecimientos históricos sin parangón en los últimos siglos. Hasta que la crisis de 1973 pusiera freno al “boom” de la economía española, la ciudad vivió una expansión urbana que se tradujo en la construcción de nuevas barriadas: como el Sector Sur, Fuensanta, Fátima, Parque Cruz Conde, Vista Alegre, Huerta de la Marquesa, Parque Figueroa..., y de equipamientos y servicios públicos; un desarrollo que venía impuesto por la pujanza demográfica de la capital -232.343 habitantes en 1970-, capaz de contrarrestar con su propio crecimiento vegetativo y, en menor medida, con la creciente despoblación de los municipios de la provincia las altas cifras de emigrantes que salían de la ciudad a buscar un futuro mejor en otros lugares de España o fuera de sus fronteras⁴².

Pero la bonanza económica y la evidente modernización urbana de la Córdoba de estos años sirvieron también de marco a un cambio sociológico cuantitativo y cualitativo desconocido hasta el momento. Es un hecho incuestionable que nunca como entonces la desmovilización política de los cordobeses resultó más patente, excepción hecha de un incipiente movimiento sindical al margen del oficialismo del sindicato único a impulsos del Partido Comunista y del obrerismo cristiano (HOAC)⁴³ y de algunos núcleos minoritarios de intelectuales y profesionales con evidentes inquietudes sociales y políticas que, aprovechando los resquicios legales de la Dictadura, intentaban reanimar el debate social refugiándose en espacios como el “Círculo Juan

⁴¹ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M^a Carmen: *Política y Administración Provincial. La Diputación de Córdoba 1925-1991*. Córdoba 1994. pp 271-285.

⁴² NARANJO RAMÍREZ, José: *La emigración exterior en la provincia de Córdoba, 1960-1980*. Córdoba 1985.

⁴³ BARRAGÁN MORIANA, Antonio: *Crisis del franquismo y transición democrática en la provincia de Córdoba*. Córdoba 2005. p. 113.

XXIII” o en actividades en torno a proyecciones cinematográficas de arte y ensayo que llegaron a gozar de notable predicamento en los estrechos círculos de la *intelligentzia* cordobesa. La gran mayoría, una vez cumplidas sus ambiciones individuales y cubiertas sus necesidades básicas -piso, T.V. y el utilitario 600- distraía su atención de la cosa pública y se entregaba colectivamente a los éxitos deportivos de un Córdoba C.F. que en el Estadio Municipal del Arcángel -también construido en tiempos de Antonio Cruz Conde- ascendía a Primera División en la temporada 1961-62 y, como no, a lo que fue uno de los fenómenos sociológicos de la época: Manuel Benítez “*El Cordobés*”, auténtico revulsivo en la adormecida afición taurina cuyos éxitos, unido a la especulación del suelo, animaron la construcción de una nueva plaza de toros -“Los Califas”- moderna y entre las de mayor aforo del país (1965); como consecuencia, el centenario coso de “Los Tejares” cayó bajo la piqueta pocos años después para que unos grandes almacenes ocuparan su solar. Estos comportamientos, por otra parte no muy alejados de los presentes en las sociedades de masas modernas, coincidieron en el tiempo con otra realidad no menos incuestionable, nos referimos al gran salto adelante de los cordobeses en algo tan fundamental para el progreso de los pueblos como es la educación popular y el desarrollo de la inteligencia. Con un déficit histórico enorme en centros de enseñanza y cuadros docentes, la ciudad, que desde 1956 contaba con una de las universidades laborales creadas en España -“Universidad Laboral Onésimo Redondo”, actual Campus de Rabanales de la UCO-, vio proliferar nuevos colegios, institutos y claustros de profesores como nunca en el pasado. Esta plataforma educativa en sus niveles básicos y medios fue complementada con otros centros de enseñanza e investigación: Escuela Técnica de Ingenieros Agrónomos (ETSIA 1963), Escuela Técnica de Empresarios Agrícolas (ETEA 1964), el Colegio Universitario muy pronto Facultades de Filosofía y Letras, Ciencias y Derecho 1971-, que junto a la Facultad de Veterinaria crearon el embrión de uno de los más importantes logros del siglo XX para nuestra ciudad y provincia: la creación de la Universidad de Córdoba (1972).

Con lo que hasta ahora hemos apuntado, convendrá ustedes conmigo que mediados los años 70 del pasado siglo con la llegada de la democracia, la ciudad, con todas sus carencias, con todos sus problemas, con sus luces y sombras había alcanzado unos niveles de desarrollo y progreso desconocidos desde hacía siglos. Contaba igualmente por primera vez en su milenaria historia con un capital humano cuyo nivel de formación y preparación en todos los ámbitos resultaba muy superior al que jamás hubiera tenido en su pasado. Con estas realidades cualquier observador ajeno a Córdoba y a los cordobeses podría aventurar un futuro halagüeño para una urbe de tan rancio abolengo dentro del contexto nacional.

Con la perspectiva que hoy nos ofrecen las más de tres décadas transcurridas podríamos preguntarnos si esas halagüeñas potencialidades de desarrollo y progreso para Córdoba y los cordobeses se han visto satisfechas. Una interrogante a la que yo no voy a dar respuesta porque esta respuesta está en el ánimo de todos los aquí presentes, protagonistas y agentes activos o pasivos de nuestra historia reciente y prefiero para concluir que ustedes se la den a sí mismos.

He dicho y muchas gracias.